

# “Hay que devolverle la soberanía al pueblo”

El ex senador por Santiago y actual dirigente del Partido Comunista estima imprescindible encontrar un “factor común” para recuperar la democracia para que “el pueblo determine qué clase de país quiere”. Está dispuesto —afirma— a dialogar con las Fuerzas Armadas y hasta con los norteamericanos “si éstos dejan de apoyar a Pinochet”.

**E**n reciente viaje a la Unión Soviética —junto a otros tres periodistas chilenos— quisimos entrevistar al Secretario General del Partido Comunista chileno, Luis Corvalán, quien reside desde 1976 en Moscú. Sin embargo, colegas exiliados nos explicaron que durante los días de nuestra visita “don Lucho” no se encontraba en Moscú. Tuvimos, en cambio, la oportunidad de conversar durante varias horas con otro de los hombres que “pincha y corta” en el PC: el ex senador por Santiago, Volodia Teitelboim, quien también está exiliado en la capital soviética. Actualmente Volodia tiene 70 años —según consigna la revista “Araucaria” que él dirige— y es miembro del Secretariado y de la Comisión Política del Partido Comunista chileno. Su voz pausada, sin duda, es una voz importante y lo que dice —o no dice— es considerado de alto interés en los círculos políticos y periodísticos.

Define su actitud ante el acontecer nacional como de “optimismo con los ojos abiertos”, basándose en la mirada que desde Moscú tiene de lo que ocurre en este extremo de la América del Sur.

“Desde fuera se tiene la impresión que Chile ha cambiado en los últimos meses”, anota. “Y también hay una visible diferencia en la apreciación que tiene la prensa mundial sobre lo que está sucediendo. Chile es hoy, incluso en la Unión Soviética, uno de los tres focos calientes del mundo que aparecen con mayor frecuencia en la televisión: África del Sur, Corea del Sur, Chile... Son realidades muy diferentes, pero tienen como característica común las grandes multitudes en las calles luchando contra sus respectivos regímenes.”

“También existe la sensación de que se ha dado un paso importante, que no se consiguió en más de doce años, en el sentido que la Oposición que se reconoce mayoritaria, está actuando en conjunto, sin que haya pacto político, pero a través de la concertación para la movilización social, conseguida a través de la formación de la Asamblea de la Cívica.”

“Una gran pregunta que se nos plantea a los chilenos donde quiera que

vayamos es por qué la Oposición no se une. De alguna manera al Régimen de Pinochet lo calificamos de fascismo dependiente. Y frente al fascismo, en la Segunda Guerra Mundial se produjo el acuerdo entre potencias que eran absolutamente incompatibles desde el punto de vista político, de sistema social y económico. Y se produjeron los encuentros de Yalta y Postdam en que participaron Roosevelt, Churchill, Stalin. Esa es una lección de la historia que



los chilenos nos demoramos en aprender. Frente al enemigo común, nos dejamos envolver con nuestros particularismos. Yo creo que ahora esa lección se está aprendiendo ¡menos mal! Y en ese sentido el año 1986 es un año distinto y mejor”.

—¿Y el Régimen?

—La respuesta de Pinochet ha sido, es ya, y será siempre mientras permanezca en el poder, una réplica brutal. Absolutamente sin ningún escrúpulo. El único límite está dado por hasta dónde se mantiene y por el control del Ejército... Lo que ha pasado en estos meses, especialmente las razias en las poblaciones,

demuestran que no abandona la lógica de guerra, de la guerra contra su propio pueblo (...). Es su línea permanente. Actúa también en forma preventiva, porque lo que pretende es reimplantar el pánico colectivo, aquello que le dio dividendos sustanciosos durante largos años. Posiblemente nunca sacó después del Golpe tantos militares a la calle como en agosto de 1983 y en los últimos meses. Pero 1986 no es 1973. La gente no está escondida en las casas. La experiencia ha sido demasiado prolongada, demasiado tensa y hay un exceso de víctimas. En sectores cada vez más amplios hay una decisión terminante de recuperar la libertad y la democracia. Entonces, la represión puede ser muy efectiva, pero es un arma ya mellada. Puede haber muchos muertos, pero no impedirá el desarrollo creciente de esa gran avalancha que se está generando en Chile. El país entero, pasivo o activo, parece estar contra Pinochet, excepción hecha de sectores muy limitados. El lo sabe. Y creo que éste es uno de los antecedentes con los cuales la Jefatura de la Marina y de la Aviación están proponiendo una modificación de la Constitución a fin de que el denominado plebiscito de 1989 no se haga en los términos de la Constitución de 1980. Porque las encuestas que se conocen son de una impopularidad extrema del Régimen.

“Pinochet es una minoría. Y la minoría actuante, combatiente, que ha habido en Chile ha crecido. Es mucha la gente que sale a la calle, y creo que la Asamblea de la Cívica le ha dado una gran inyección de confianza a la opinión pública (...). Es un año importante. Un año positivo para el pueblo. Pero será un año durísimo. Pinochet no tiene ninguna solución para ningún problema del país. Está completamente agotado. Controla las Fuerzas Armadas y no todas las FF.AA. de la misma manera. Por primera vez, aparecen al exterior síntomas de que hay diferencias...”

—¿Y cómo juega, a su juicio, el factor internacional?

—Después de la caída de Duvalier y de la caída de Ferdinand Marcos, todo el mundo pone en la lista a Pinochet. Y él

trata, naturalmente, de salir de esa lista. Algunos tienen confianza en que los norteamericanos puedan desempeñar un rol en el desplazamiento de Pinochet. Tanto Duvalier como Marcos fueron hombres de EE.UU. (...) Pinochet tuvo un cierto sobresalto después de la votación en la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas en Ginebra porque, por primera vez, EE.UU. apareció abandonándolo. Eso significó que el Departamento de Estado y la Casa Blanca entraron en la zona de la duda respecto de la capacidad de Pinochet de controlar la situación y de mantenerse en el poder. No quiere EE.UU. que le pase lo de Nicaragua, donde llegó minutos después de la Medianoche, cuando ya los sandinistas estaban instalados en el poder. Por eso procedió en Haití a una remoción minutos antes de la Medianoche, cuando ya la gente estaba en la calle y cuando la derrota de Duvalier era inminente. También fue así con Marcos. El problema para ellos es no llegar tarde a Chile. Nuestro país tiene una alta prioridad para el Departamento de Estado, para la Casa Blanca, para el Pentágono...

"Yo pienso que, por la importancia estratégica —política y económica— que Chile tiene para ellos, preferirían que Pinochet se quedara, pero como ven que su situación está comprometida, tienen otras cartas en la manga".

—¿Cuáles?

—Creo que los norteamericanos tienen inclinación por las fórmulas que ellos mismos configuran. Por ejemplo, la fórmula haitiana o la filipina. La haitiana es cambiar a Duvalier por un general que estuvo siempre con él. En Chile, creo que ellos trabajan, convienen con la Marina, con la Aviación y también deben hacer esfuerzos para hablar con generales de Ejército. Además, convienen también con Pinochet, porque no es una carta que hayan arrojado al tacho de los papeles inservibles.

"Pero, si la situación en Chile no diera para un nuevo general que propusiera la transición pacífica, que pudiera llamar a elecciones en 1989, si el alud de los chilenos que están por el restablecimiento de la democracia en el plazo más inmediato continuara, y se desarrollara, es muy posible que la fórmula que ellos podrían aceptar sería la filipina. Y les gustaría mucho tener sus generales Ponce Enrile y Ramos que sirvieron durante largo tiempo a Marcos y que al último momento le dieron la espalda.

"Pero puede ser que la fórmula chilena la dicten los chilenos mismos. Que sea diferente. Sea una fórmula nacional, propia, y que esté determinada por los actores mismos que están en la lucha".

—¿Cómo prevé usted esa fórmula? ¿Cómo le gustaría que fuera?

—Ninguna fórmula podríamos sacarla de la manga como por arte de magia.

Estas fórmulas están determinadas por la realidad y por el desarrollo del proceso. En Chile hay un proceso en este momento desde el punto de vista de la desobediencia civil y de hacer ingobernable el país a la Dictadura, que está representado por la Asamblea de la Cívildad. La AC es un gran sitio de convergencia a través de todo el país, de las más distintas fuerzas sociales, de las distintas clases sociales. En ella participan obreros, profesionales, capas medias, estudiantes, mujeres, y representan a la mayoría del país. De alguna manera, la AC es también cierto acuerdo político mínimo.

—A propósito de determinación, hace unos meses el abogado Ricardo Claro "acusó" al presidente de la Democracia Cristiana, Gabriel Valdés de haber sostenido conversaciones con usted en Dinamarca y que había un pacto secreto entre la DC y el PC. ¿Existió esa conversación?

—En esa ocasión, cuando se "acusó" a Gabriel Valdés de haber sostenido conversaciones conmigo, me llamaron de Radio Chilena y grabé una declaración señalando la verdad: no hubo conversación con Gabriel Valdés ni en Copenhague ni en Estocolmo ni en ninguna parte. Hace alrededor de cinco años que no lo veo. Esa conversación era una fantasía y una invención. Pero a continuación le dije a la Radio que para nosotros sería altamente deseable que esa conversación existiera y que fuera pública. No tenemos nada que ocultar. Al fin —eso lo digo ahora—, todos somos grandecitos y todo el mundo puede conversar con todo el mundo. Eso no significa que se comprometa ni cambie sus ideas. Y sobre todo, hay que conversar, porque hay cosas comunes, como es, desde luego, estar contra la Dictadura.

"A mí me gustaría llegar a un acuerdo público que se publicitara y todo el mundo lo supiera, y que daría naturalmente mucho más confianza a la gente. Un acuerdo político que tendría que ser sobre bases claras y establecidas que aparecieran en la prensa: "nos ponemos de acuerdo para esto". Es imposible el acuerdo para que los demócratacristianos se hagan comunistas y los comunistas, demócratacristianos. Pero es posible el acuerdo para luchar contra Pinochet, incluso de manera muy precisa".

—¿Cuál sería la proposición de ustedes? ¿Cómo cree que hay que encarar la salida de Pinochet? ¿Qué están proponiendo?

—Nosotros creemos que depende de la historia de Chile lo que pase. Si Pinochet cayera en función del desarrollo de la movilización de masas, de la concertación social que se va a expresar de manera tan continua en estos meses, es evidente que no hay que recurrir a otra forma de lucha. Pero si Pinochet saliera con la suya, y siguiera matando, siguiera

allanando poblaciones, si sigue sacando a sus soldados con caraspintadas a asaltar poblaciones, si siguiera degollando... No sé... Hay un cierto derecho a la conservación de la vida, a la autodefensa.

"Ahora, todo lo que sea favorable a la Dictadura por cualquier exceso o error, nosotros tenemos que evitarlo. Y siempre privilegiaremos la lucha de masas, la lucha del pueblo. Y siempre privilegiaremos la idea de que esto no es la acción de un partido, ni de una clase social determinada, sino que es la acción de todos los chilenos que están contra la Dictadura y de todos los partidos, incluso los de extrema Derecha, siempre que estén contra Pinochet. Consideramos que la única observación que se debe hacer, el único veto que se debería oponer es respecto a aquéllos que están con Pinochet".

—¿Y qué papel juega el Frente Patriótico Manuel Rodríguez?

—A mi juicio, el FPMR es una entidad determinada por la existencia de una dictadura brutal, de un régimen castrense totalitario y represivo con una montaña de crímenes a sus espaldas que los seguirá cometiendo a menos que alguien se lo impida. Por ejemplo, cuando secuestraron los hombres de Dicomar a Parada, Guerrero y Nattino y después los degollaron, qué bueno habría sido tener gente ahí para poder enfrentar a ese grupo que los secuestró...

—Algunas acciones del Frente provocan temor en muchos sectores y pueden restar a la gente de la lucha masiva... Por otra parte, está también el peligro que la misma existencia del Frente provoque una acción más dura del Régimen contra los propios militantes comunistas...

—El Partido no había matado una mosca el 11 de septiembre de 1973. Faltaban diez o once años para que naciera el Frente Patriótico y se vio en Chile el baño de sangre más atroz y menos justificable (...). Por otra parte, yo creo que el FPMR tiene el mismo derecho a existir que tuvo un ejército de 50 mil hombres, que creó en Chile la Derecha, contra la Dictadura Militar de Ibáñez y que se llamó Milicia Republicana y que tenía hasta generales civiles como el doctor Sotero del Río. 50 mil hombres armados.

"¿Y frente a un régimen que su única razón es la violencia...? Yo encuentro que en esto de la resistencia hay también un deber moral. Puede parecer retórico, pero nosotros somos personas que nos movemos por razones morales. Sinceramente. Y creemos en la necesidad de la justicia, de la libertad y de la democracia. Se nos critica como demócratas, pero ¿en qué hemos fallado a la democracia? Nosotros nunca vamos a traicionar a la democracia".

—¿Qué democracia? ¿Cómo la conciben?

—Nuestro Partido plantea el restablecimiento pleno de la democracia en

Chile. Y seguramente no va a ser el Partido Comunista el partido mayoritario, ni vamos a escoger al Presidente de la República. Ni va a volver el régimen de la Unidad Popular. Lo que nos importa es la caída de la tiranía y el restablecimiento de la democracia. Que se devuelva al pueblo su condición de fuente de la soberanía para que decida. A través de elecciones libres, informadas, universales y secretas. El pueblo dirá y nosotros acataremos esa voluntad del pueblo. Y, por cierto, no vamos a tratar a un gobierno de esa naturaleza con la misma reciedumbre con que tratamos a la tiranía. Porque es absolutamente distinto.

"Ahora, nuestro principio es luchar por lo que llamamos la 'democracia avanzada', que posiblemente no pueda conseguirse de inmediato, pero que en el fondo es la democratización del país, en todos los órdenes: económico, político —una democracia pluralista con sistema de partidos— y también con la necesidad de democratizar las instituciones, empezando por el Ejército".

—El momento que se está viviendo parece ser el de la desobediencia civil manifestada por la Asamblea de la Cívica. ¿Qué posibilidad le ve usted de que realmente por este camino se llegue a reconquistar la democracia?

—Yo creo que es muy importante la desobediencia civil y es muy importante no sólo porque haya paro. Porque paros ha habido antes y también formas de desobediencia civil. Es muy importante ahora, porque el patrocinio es más amplio. Porque verdaderamente hay un acuerdo social —y digamos— un acuerdo político de la mayoría del país. Y si esta dictadura tuviera un uno por mil de responsabilidad democrática, se iría. Creo que si esta campaña de desobediencia civil aumenta y el paro tiene éxito, será un golpe muy serio para Pinochet. No porque lo vaya a derribar, sino porque se trata de golpes que tienen que repercutir en otros ámbitos decisivos. Y el ámbito decisivo son las Fuerzas Armadas. Porque al fin y al cabo, ¿qué destino tienen? Ellos saben que el país, el pueblo, no va a cejar hasta conseguir la democracia. Así su perspectiva es repetir la represión todos los días. Cosa que han estado haciendo. Pero ahora es distinto. Es una represión contra un movimiento masivo, mientras hay conciencia que es la mayoría de la nación la que quiere democracia, y ellos saben que son minoría. Entonces, muchos de ellos deben estar pensando cómo bajarse del caballo sin romperse la crisma, con qué garantías... El problema central de las FF.AA. ya no es el comunismo, ni el MDP. Tampoco es la Alianza Democrática. El problema esencial de las FF.AA. es Pinochet.

—¿Estaría dispuesto el Partido Comunista a negociar con las Fuerzas Armadas una salida política?

—Sí, claro.

—¿En qué términos?

—En los términos de la inmediatez: 'ustedes se van en seguida. Vuelvan a sus cuarteles'. Y en este país se elige una autoridad unipersonal de común acuerdo de todas las fuerzas, un vicepresidente —hay precedentes históricos en Chile— sobre el que habrá que ponerse de acuerdo. Y ese hombre tendría que representar a todas las fuerzas opositoras, sobre la base de un gobierno provisional en el que todos estén de acuerdo, y que naturalmente signifique una serie de medidas inmediatas que se adoptan en todos los países cuando una dictadura cae.

—¿Podrían ser las medidas inmediatas del Acuerdo Nacional?

—Sí, podrían servir. Nosotros concordamos con las medidas inmediatas del Acuerdo. Lo que tenemos que hacer es



buscar un común denominador. El Partido Comunista no va a ir a proponer su programa. Ningún partido podría hacerlo.

—¿Cree posible acercarse al común denominador sin una discusión previa sobre las formas de lucha?

—Creo que si se estima necesario hacer esa discusión sobre las formas de lucha, estamos de acuerdo en hacerla. Nosotros alguna vez le hemos dicho a los demócratacristianos: discutamos todo. Todo lo que ustedes quieran. Nosotros también vamos a proponer algunos temas. Y algún demócratacristiano nos ha dicho en el último tiempo 'queremos discutir sobre esto'. Conforme.

—También algún demócratacristiano y algún comunista han sostenido —cada cual desde su punto de vista— que las formas de lucha condicionan la salida...

—Le quiero insistir: la fórmula democrática que se busca es la fórmula

conocida que consiste en devolver al pueblo su autoridad constituyente, definidora de la fisonomía política del país.

"Respecto a las formas de lucha, estas tienen una obligación: ser eficaces, responder al fin que se busca que es propender a la caída de la Dictadura. Todo lo que sea antagónico, contradictorio con ese fin, no debe ser hecho. Y esas formas, incluso pueden someterse a un diálogo, estudiarse".

—En el último informe del Pleno de su partido se hablaba de construir una "democracia avanzada" como objetivo fundamental, ¿ha habido un cambio o una contradicción?

—No, no, es una distinción absolutamente válida. No es contradictorio con lo planteado lo que estoy sosteniendo. ¿Qué le estoy diciendo? Que nosotros queremos la vuelta a la democracia. Esta vuelta a la democracia puede ser un común denominador. Si todos nos encontramos en la Asamblea de la Cívica, si todos acatamos al máximo de nuestras fuerzas las instrucciones de la AC, si seguimos este camino todos hasta conseguir el fin de la Dictadura, entonces, nosotros estamos de acuerdo —repite— en que se establezcan los mecanismos unánimemente acordados por las fuerzas representativas para ver el trayecto hacia la democracia. Y nosotros no vamos a pedir el cielo en la mano ni que nos den la luna. No vamos a pedir que ese gobierno provisional haga milagros.

"Tendrá también que haber una nueva Constitución, porque no aceptamos la del 80. Será la del 25 reformada o una totalmente nueva, y llegará el momento en que iremos a elecciones y nosotros iremos con nuestro programa como todos los partidos. Y en nuestro caso, con nuestro programa de 'democracia avanzada' que es una democracia a fondo, que consiste en democratizar el país (...) Nuestra democracia avanzada no consiste en decir 'organicemos la dictadura del proletariado', ni planteamos llegar al socialismo de inmediato... Eso es absurdo. Chile tiene que retomar el camino para que el pueblo determine qué clase de país quiere, qué clase de democracia quiere. Y cada uno planteará la democracia que quiere. Pero es muy importante que los demócratas entiendan que ninguna posición debe poner en peligro la democracia restablecida. Lo que se hizo en Italia, por ejemplo, es un ejemplo como creación que en Chile demostró mucho en estudiarse".

—Una última pregunta, ¿usted estaría dispuesto a conversar con los norteamericanos sobre la situación chilena?

—No me gustaría hablar con los norteamericanos. Pero si los norteamericanos dejaron de apoyar a Pinochet, no sería malo.

Desde Moscú  
MARIAGLIVIA MONCKEBERG